



SIGNIFICADO DE MEDELLIN

J. B. Libanio

Medellín significa respecto al Concilio Vaticano II una nueva ruptura. El Concilio representó esencialmente un enorme esfuerzo de la Iglesia como institución para responder con su práctica pastoral y con su reflexión teológica a las preguntas y expectativas de las capas medias del mundo moderno. En términos más concretos, vimos cómo el nuevo sujeto social burgués, en amplia expansión y acentuada presencia en el mundo centroeuropeo y norteamericano, fue en este Concilio el principal interlocutor de la Iglesia.

Los padres conciliares que venían con una práctica pastoral más intensa y por ello habían sentido de cerca los cuestionamientos modernos, pudieron introducirlos en la Iglesia conciliar. No fue tarea fácil. Pues los otros miembros del Concilio, ligados a un universo cultural premoderno o aislados por la protección burocrática, racionaron de manera distinta. El Concilio fue la victoria de los hombres de la pastoral moderna. Con ello, la Iglesia en su más alta instancia se entregó a una profunda reformulación pastoral y teológica, para tener una respuesta adecuada al mundo moderno.

El Concilio termina con la Constitución Pastoral *Gaudium et Spes*, sellando la reconciliación de la Iglesia con el mundo moderno. Ahora el sujeto social moderno es reconocido con sus preguntas, expectativas, intereses y aspiraciones. Ocupó el lugar del sujeto tradicional. Dentro de este contexto debe comprenderse la originalidad y significado de Medellín.

Segunda parte del artículo "**Vaticano y Medellín: Memorial para nuestra Iglesia**", publicado en el n. 58 de la revista peruana **Páginas**.

Mientras que el Concilio se preocupó del hombre moderno centroeuropeo y norteamericano, Medellín presta atención al hombre latinoamericano, en sus angustias y alegrías, preguntas y expectativas. Es un hombre que vive fundamentalmente en un continente de cautiverio pero permeable a los movimientos de liberación. La dominación pertenece más al mundo de los hechos, mientras que la liberación al mundo de la esperanza. La situación de dependencia, de opresión, de marginación del hombre latinoamericano es un hecho real, pero no un destino irrevocable. Al contrario, la liberación surge, no simplemente como mera utopía, sino como proceso ya en curso, bajo formas de concientización, organización y movilización de diferentes grados de vigencia, expresividad y fuerza.

En la raíz de la postura de Medellín está presente el hombre latinoamericano concreto, situado en un proceso conflictivo de opresión y liberación de cautiverio y de esperanzas. No se limita a una concepción antropológico-cultural, tan explotada afectiva e ideológicamente. No hipostasía a este hombre latinoamericano transformándolo en una entidad abstracta, idealizada. Lo considera dentro de la conflictividad real en que vive, cuya raíz fundamental es su clase social. Medellín se dirige a todos los ciudadanos latinoamericanos, pero de forma diferente. A unos, los estimula con el proyecto liberador de Dios. Los hace signos de esperanza. Son los pobres, los marginados. Para otros, se convierte en interpelación crítica a la conversión. Son los bien ubicados en el mundo socio-económico. Precisamente porque el ciudadano latinoamericano se encuentra en esta conflictiva situación de dominación y liberación, de explotación y usufructo. La liberación es el camino para la libertad. Esta no es un simple ejercicio espiritual del derecho fundamental del hombre, sino que supone condiciones materiales para su concreción. ¿Qué se gana con decir que en nuestros países todos son libres de circular por todas partes, de frecuentar lugares de recreo, si en la realidad no existen condiciones económicas para tal realización? La libertad formal es vacía si no se le crean las posibilidades materiales para su ejercicio social. Ahora bien, en ese camino hacia la libertad surgen obstáculos, trabas, que no proceden única ni principalmente de la naturaleza física, sino de las relaciones sociales, creadas a lo largo de nuestra historia y reforzadas de modo inusitado en los últimos años. Este ciudadano latinoamericano, ubicado en el centro del conflicto,

es el interlocutor, el destinatario y el sujeto principal del discurso de Medellín.

En este sentido, Medellín representa una ruptura en relación al Concilio Vaticano II. Pues estos dos hombres se sitúan en posturas distintas. El hombre burgués moderno se erige fácilmente en "hombre universal". De ahí que al referirse a sí mismo habla de "el hombre". En su discurso pasa por encima de los conflictos, ocultándolos naturalmente. En el momento en que Medellín se dirigió al hombre latinoamericano, en su condición de mayoría oprimida y de pequeña minoría dominante, su discurso perdió la tranquilidad universalizante del discurso burgués. En vez de hablar de la grandeza del hombre que transforma y conquista el mundo, lo sitúa en su miseria y pecado de marginar a grandes masas humanas.

Sin duda, el Concilio no desconoció el pecado. Pues al considerar el mundo a la luz de la fe, percibió la dimensión de creatura, de pecado, de redención por la fuerza del misterio pascual, de escatología. En el mundo hay dificultades, desequilibrios, tensiones, oposiciones, conflictos, crisis en el campo social, político y económico (GS 4,3). Con todo tal reflexión queda en el plano descriptivo, evitando las condenas y tratando de permanecer en la perspectiva antropológica trascendental. El hombre, ante tales límites, pecados, desvíos, se pregunta por el sentido de la actual evolución del mundo (GS 4,5), hasta llegar a las raíces profundas de una tensión inherente al hombre, a su experiencia de finitud e infinitud, de gracia y de pecado.

La reflexión de Medellín asume una dimensión histórica, socio-geográfica. Es el hombre de un continente que despierta en movimientos populares ante la realidad de injusticia social. "Un sordo clamor brota de millones de hombres pidiendo a sus pastores una liberación que no les llega de ninguna parte", constataban los obispos en Medellín. Estos millones son más exactamente el "hombre latinoamericano", destinatario y en cierto sentido productor del discurso teológico-pastoral de Medellín. Destinatario, porque los obispos pensaban en ellos, se dirigían especialmente a ellos cuando optaron por los pobres, por el pueblo, por la liberación, por las comunidades eclesiales de base. Ellos fueron también el productor, no directo sino indirecto, a través de la mediación de los teólogos, peritos y obispos, identificados con sus intereses, expectativas y problemas.

Este es el punto central de la ruptura de Medellín. La Iglesia toma distancia del sujeto burgués, como el principal destinatario y productor de su discurso y pastoral, para aproximarse a las clases populares, a los pobres, a los marginados. Hay, no obstante, una gran diferencia en la actitud de la Iglesia ante estos dos sujetos sociales. En relación al sujeto burgués, bastó a los hombres de Iglesia abrir simplemente su oído, mirar un poco a su alrededor, afinar su capacidad de percepción. Este sujeto es poderoso, hegemónico. Estaba presente en todas partes con su poder económico, político e ideológico. Detenta y dispone todavía hoy los poderosos medios de comunicación de masas. Sólo un aislamiento de la Iglesia, encerrada en su castillo tradicional, podía impedir que oyera este conjunto de cuestionamientos, anhelos y expectativas. La voz de la clase burguesa es altisonante, desproporcionada en relación a su peso estadístico en nuestros países. Incluso donde ella es minoría, se impone como principal portavoz de los intereses, valores, directivas, programas. De esta forma, la Iglesia en los años del Concilio se dejó invadir por tal presencia.

El clamor de las clases populares es ahogado por el alarido del vocerío burgués. Solamente lo oye quien está con el oído atento, puesto junto al pueblo. Escuchar este clamor supone conversión interior, sensibilidad histórica, fineza ética, connaturalidad evangélica. La voz del pobre fue ahogada a lo largo de nuestra historia. Por eso ella habla bajo, susurra. La Iglesia de América Latina inició en las últimas décadas un movimiento orientado hacia los pobres, oyéndolos y acercándose a ellos. Medellín significa al mismo tiempo el movimiento de ida al pobre y el de entrada del pobre en la Iglesia. Expresa el crecimiento de la doble opción preferencial: de la Iglesia, que se refuerzan mutuamente.

La opción de Medellín fue fruto de la movilización popular al interior de la Iglesia. También desplazó hacia el pobre muchas fuerzas hasta entonces concentradas en otras áreas apostólicas. Manifestó la creciente importancia de las capas populares para la Iglesia de América Latina, como sujeto activo dentro de ella, aunque en forma incipiente, y como lugar preferencial de su presencia pastoral misionera.

Las clases populares hirieron la sensibilidad evangélica de los obispos en su calidad de masas humanas marginadas, viviendo una inhumana situación de miseria, de injusticia, de opresión; verdadera

amenaza y conspiración contra la paz; y hecho colectivo que clama al cielo.

Así, en vez de hablar en especial de la grandeza del hombre, de manifestar una conciencia optimista respecto a la situación y evolución del mundo, como aparece en la *Gaudium et Spes*, Medellín se hizo más sensible a los aspectos conflictivos de la realidad social. La denuncia de la injusticia y de la opresión sustituyó el encanto y admiración por el mundo desarrollado. La propia dimensión de pecado, presente sin duda en los documentos del Concilio, cambió de acento: "de división al interior del hombre" pasó a la situación de injusticia que afecta a multitudes explotadas y dominadas estructuralmente. Este pecado social revela la conciencia de la eventual voluntad de opresión, de la lamentable insensibilidad de los sectores más favorecidos ante la miseria de los marginados. Más aún, tal injusticia institucionalizada es ratificada con la oposición, pasiva y activa, a las transformaciones profundas, por parte de grupos privilegiados, en defensa de sus intereses. Y las víctimas se sienten paralizadas en sus reacciones por el miedo al riesgo que corren.

La presencia de este nuevo sujeto social popular se hace activa y colectiva, hasta convertirse en amenaza al llamado "orden social" -que es verdadera "injusticia institucionalizada"-. Sólo transformaciones radicales permiten escapar al trágico dilema: la permanencia de este orden injusto o la irrupción anárquica revolucionaria. La Iglesia en Medellín se sensibiliza con el doble hecho de la realidad masiva de las clases populares, oprimidas y explotadas, y su creciente organización en movimientos. De hecho, la existencia de ingentes masas pobres es un dato antiguo, pero su presencia activa y organizada irrumpe en el seno de la Iglesia hacia los años 60, despertando la conciencia de los obispos y provocando la novedad de Medellín.

Al contemplar a estas inmensas masas pobres, los obispos no reconocen simplemente a grupos humanos ajenos e indiferentes a la vida eclesial, sino por el contrario, profundamente vinculados a ella por la fe y tradición religiosa. Cabe a la Iglesia una responsabilidad por dos razones: por hallarse ante seres humanos pobres y necesitados, y por hallarse ante fieles, miembros de la Iglesia.

Los llamados del Concilio y de Medellín en relación al mundo se diferencian también. *Gaudium et Spes* convoca a los hombres para perfeccionar la tierra, edificar el mundo. Medellín, por su parte, reclama una transformación radical en vistas al proceso de

emancipación total, de liberación de toda esclavitud. Los padres conciliares mostraban una esperanza optimista. En Medellín era la "esperanza contra toda esperanza", como Abraham redivivo (Ro 4, 18), al esperar una liberación al interior del cautiverio. En una palabra, la relación Iglesia/mundo en el Concilio era de simpatía, comprensión, optimismo, encandilamiento. En Medellín se adopta una actitud dialéctica de extrema crítica en relación a las situaciones históricas creadas por la injusticia humana, y de esperanza ante los brotes liberadores.

Esta doble actitud básica repercute en la comprensión del Reino de Dios. El Concilio ve el proceso de construcción del Reino de Dios iniciado ya dentro de la historia humana, hasta alcanzar su plenitud final más allá de la realidad histórica. Manteniendo la distinción entre progreso humano temporal y crecimiento del Reino, se valora el progreso y se considera el "desarrollo" como un "signo de los tiempos". Medellín en cambio escoge otro "signo de los tiempos": los "anhelos, aspiraciones y luchas concretas de liberación". La liberación, don de Dios y acción de Cristo en la lucha del hombre, es la clave teológica para entender la continuidad y la ruptura existente entre la historia humana y la historia de la salvación. La categoría "liberación" corrige y desenmascara la faz ideológica neo-capitalista, primer-mundista del tan celebrado "desarrollo", "progreso". A pesar de que el término "liberación" tiene también sus ambigüedades, expresa sin duda con mucho más vigor, la ruptura con el pecado cristalizado en las estructuras socio-políticas, además del tono bíblico, rico, denso, íntimamente articulado con la salvación en la tradición cristiana.

El Vaticano II reflejó un momento de diálogo. Medellín no evitó la denuncia en vistas a un anuncio de esperanza liberadora. El primero se reconcilió con el mundo moderno, tras dos siglos de fricciones. El segundo retomó la crítica, no a partir de la ortodoxia rígida, sino de la ortopraxis que debía ser realizada. El primero abandonó la apologética por la pastoral conciliadora. El segundo avanzó la pastoral en la línea de la práctica liberadora en una sociedad conflictiva. El primero fue ecuménico a nivel de la discusión teológica; el segundo instauró un ecumenismo a partir de la base, en la comunión de una misma práctica social común.

Ya en el Concilio se hablaba de Iglesia de los pobres, tema predilecto de Juan XXIII. En Medellín la perspectiva cambia hacia u-

na Iglesia con los pobres. La misión de Jesucristo a los pobres es vista en el Concilio como motivación para la caridad de la Iglesia para con los más débiles. En Medellín la misión central de Jesucristo está en relación a los pobres y esto se convierte en exigencia preferencial en la evangelización y solidaridad, en el testimonio y en el servicio. Todo el mensaje de Jesús se enfoca desde la perspectiva de los pobres.

Medellín encierra también un significado político. Desautoriza y deslegitima el uso del Cristianismo, de la Iglesia, por las fuerzas reaccionarias, conservadoras y dominantes, para sacralizar el "status quo". Con las decisiones de Medellín la Iglesia toma distancia del papel que las clases dominantes le imponían y le atribuían en nuestro Continente. Así, les frustró las esperanzas y las pretensiones. De otro lado, Medellín reconoce la "osadía de las grandes utopías liberadoras con el aval oficial del CELAM" . Rupturas y fricciones entre la Iglesia y las clases dominantes, siempre las hubo a lo largo de la historia de nuestro continente, pero no de un modo tan masivo y expresivo como a partir de Medellín. Fue el inicio de un proceso global. Como en todo comienzo, permanecen oscilaciones, dudas en el texto de las Conclusiones de la Asamblea, expresadas en las clásicas adversativas. Aunque el texto permitió una tendencia interpretativa conservadora que se quiso imponer en Puebla, su fuerza profética y crítica prevaleció y se tradujo en las líneas maestras del documento de Puebla.

Medellín se transformó en respaldo, refuerzo, animación para todos los que querían asumir, a nivel de episcopado o a nivel de agentes pastorales, la opción solidaria con los pobres en comunión con sus aspiraciones liberadoras. Todas las explicaciones socio-políticas, culturales y psicológicas no dan cuenta cabal de esta transformación de la Iglesia. El miedo a perder su poder junto al pueblo, la presión de grupos críticos, las transformaciones profundas en las realidades sociales del Continente, la influencia de teólogos y asesores comprometidos, etc...expresan una parcela de la verdad. Pero desconocen una raíz siempre viva en la Iglesia, la Palabra profética del Señor y la acción incansable del Espíritu Santo. La actitud evangélica de muchos obispos que se dejaron convertir por el Evangelio de los pobres -como ellos mismos lo confiesan pública y repetidamente-, vivida en este contexto de América Latina, permitió este giro tan profundo y expresivo.

En relación con sectores significativos de la Iglesia, Medellín significó el inicio de una marcha. Las opciones fundamentales por los pobres, por el pueblo, por su liberación, por las comunidades eclesiales de base, por una educación liberadora, etc... ya estaban presentes, pero en germen. Las metas de la liberación eran percibidas de modo intuitivo, sin darse cuenta de todo su alcance y consecuencias intra y extra-eclesiales. El horizonte de la "liberación" no se había desprendido totalmente de la "ideología del desarrollo". A veces, estos vocablos se entrecruzaban. Pero, sin duda, Medellín colocó las bases de este cambio al interior de la Iglesia, además de la renovación propuesta por el Concilio.

Medellín puede ser considerado también la cuna de la Teología de la Liberación, en cuanto expresión de una Iglesia. Deja de ser simple aventura de algún teólogo peregrino para recibir el peso legitimador del episcopado de un continente. A pesar de todas las críticas y oposiciones a esta teología latinoamericana, ella puede desarrollarse precisamente por causa de este aval eclesial.

Resumiendo, Medellín fue mucho más de lo que se pretendió al convocarse tal asamblea: aplicar a nuestro continente las enseñanzas del Vaticano II. Si de hecho hubiese sido simplemente esto, nuestra Iglesia continuaría siendo la Iglesia-reflejo y no la Iglesia-fuente. Tuvo una personalidad propia al asumir un método original de pensar pastoralmente y al plantear temas propios, ya no para responder a las preguntas del sujeto moderno burgués, sino para escuchar el "clamor sordo" de millones de hombres pidiendo liberación. Temas como "Paz", "Justicia", "Pobreza", perdieron aquella universalidad abstracta y moralizante para concretarse en el hecho colectivo de la injusticia de grandes grupos marginados, de violencias dominadoras y colonizadoras contra la paz, de compromisos con los más necesitados en una lucha contra la pobreza inhumana y pecaminosa. Posición profético-crítica, con un llamado al compromiso de conversión personal y social.

Los temas sobre la vida interna de la Iglesia, la educación liberadora, la religiosidad popular, también ocuparon la atención de los obispos en Medellín en una perspectiva netamente latinoamericana. Medellín se movió dentro del espíritu renovador y libertario del Concilio Vaticano II, pero fué más allá, prolongando en el campo social el compromiso de la Iglesia por los pobres,

en vistas a su liberación completa e integral. Centró la pastoral, no en torno a la problemática del hombre como tal, sino del hombre latinoamericano que vive en una doble situación de cautiverio y liberación.

Conclusión

Han pasado más de veinte años desde el inicio del Concilio Vaticano II. El maravilloso mensaje inaugural de Juan XXIII llama a la Iglesia al diálogo con las otras expresiones religiosas (ecumenismo) y con el mundo moderno en un momento de euforia desarrollista (pastoral). Este espíritu animó la marcha de la Iglesia en este profundo proceso renovador. Vale la pena recordar este instante de gracia, este Pentecostés, precisamente ahora cuando se siente que su aliento pareciera perder vigor. La libertad y la apertura que la Iglesia vivió en aquellos años no deberían ceder ante nubes oscuras de autoritarismo e intransigencia, que aparecen aquí y allá en el firmamento eclesial.

Más importante aún es volver al espíritu de Medellín. Ahí el germen de libertad se unió al compromiso serio con los pobres en vistas a su liberación. Las comunidades eclesiales de base recibieron el apoyo vigoroso del episcopado. Tales vivencias no pueden reducirse a un mero recuerdo efectivo. Son "memorial", testamento que se comunica para ser vivenciado responsablemente por las posteriores generaciones.

En la fidelidad al espíritu del Concilio y de Medellín está en juego la propia credibilidad de la Iglesia y de la fe cristiana. Olvidarse de tal marcha es comprometer negativamente la transparencia de la Palabra de Dios, predicada por la Iglesia. En el fondo, la gran víctima de cierto conservadurismo pre o anti-Vaticano, pre o anti-Medellín son los fieles que pierden confianza en el mensaje cristiano y en la Iglesia, con detrimento para su vida de fe. Nos suena al oído aquella terrible alerta del Señor: "Ay de ustedes, maestros de la ley, que retienen la llave de la puerta de la ciencia! Ustedes mismos no entraron e impiden el paso a los que quieren entrar" (Lc. 11, 52).